

ADICIÓN AL CAPÍTULO TERCERO

La nueva fachada de la Seo

MUY contra lo que deploraba Piferrer al terminar el anterior capítulo, el frontis de la catedral no se queda al fin *incompleto*; á la *robustísima, gigantesca y desnuda* pared han venido á reemplazar avanzados contrafuertes, octógonas torrecillas, trepadas agujas, erizado frontón, arbotantes lobulados, estatuas, relieves; nada resta de lo que vió sino la portada *mezquina y ajena de elegancia* engastada en el nuevo lienzo... ¿Se daría hoy como artista el parabién de la mudanza? reputaría bien empleado esta vez el *desprendimiento de obispos* y fieles, la diligencia de *los modernos artifices*, los caudales empleados de todas maneras en semejantes obras? La causa más ó menos urgente que movió á emprenderlas diez ó doce años después de la publicación del libro, es decir, el peligro de ruina, determinada por el empuje de las bóvedas, claro es que había de sentirla; pero no lo es menos que tanto como el mal había de sentir el remedio, si le hubiese guardado Dios la vida para ver los planes de restauración del arquitecto (diré el nombre porque al historiador nada le es lícito callar), de D. Juan Bautista Peyronnet, á quien se los confió la Academia de San Fernando como

á individuo de su seno. Á ella había acudido en 1852 la provincial de bellas artes, de cuya responsabilidad como á vocal secretario alcanzaría no leve parte al que esto escribe; y no le quedó más arbitrio que someterse al criterio oficial, que vale tanto como dejarse morir en regla.

No se necesitan especiales conocimientos ni acendrado gusto para advertir, desde las molduras del basamento hasta los antepechos superiores, la supina inexperiencia que acusan del arte gótico así la distribución como los detalles de la fachada: salta á la vista lo primero que no corresponden los tres compartimientos verticales de esta á los cinco del interior compuesto de tres naves y de dos series de capillas, resultando que los enormes machones del centro obstruyen buena porción de la anchura de las naves laterales, que no pueden por tanto sacar afuera ni puertas ni claraboyas, condenadas á perenne ceguera. De ahí que hayan de ser figuradas las dos grandes *celosías* que disimulan mal en los costados el macizo de los lienzos, tan sin gracia y sin resalte en sus boceles y follajes, como todo lo que, esbozado apenas, reviste contrafuertes y entrepaños, imitando galerías y barandas cerradas también, todo gótico trivial de tienda, sin carácter ni estilo. Pináculos y repisas para las cuatro estatuas de los machones vaciáronse en un mismo molde, no advirtiendo que la peana jamás forma doselete sino cuando tiene otra estatua debajo. Carece de elegancia la crestería de los dos estribos angulares de las naves menores, lo mismo que de ligereza los arbotantes que arrancan de ellos á flanquear la nave principal, harto recargados de hojarasca y de gruesos colgadizos; y de sus pretensiones de humillar la atrevida sencillez de los primitivos participa tal vez por la sobrada complicación de sus labores respecto de las del ábside la gigantesca claraboya. Hasta la construcción material de la obra por demasiado perfecta ha argüído de imprevisión á los que la dirigían, pues reventados por exceso de ajuste los sillares han exigido cuantiosos y prematuros reparos.

Afortunadamente, corriendo los años, hecho cargo de la fábrica el joven arquitecto Pavía, introdujo tales modificaciones en el plan de Peyronnet, que asentadas sobre la planta cruciforme de los pesados contrafuertes, aunque algo bruscamente por cierto, las ochavadas torres, aligeraron el remate con sus gentiles ventanas y piramidal cubierta, sobre todo de lejos ó á media luz, ofreciendo un perfil agradable que mejora así lo demolido como lo trazado. No me resuelvo á decir otro tanto del agudo frontón, comprimido y aplastado hacia arriba por las dos agujas, muro de pura perspectiva que nada cierra ni en nada se respalda, cuyas vertientes también encrespadas de follaje rompen línea fuera de razón con las de los arbotantes, y en cuyo vértice había de parecer teatral, á menos de vencer grandes dificultades el artífice, la efigie de la Virgen titular de la basílica, levantados los brazos en el acto de su ascensión al cielo. Llena el tímpano una medalla circular, forma no la más adecuada al género ojival, que completa el asunto representando de relieve entero el sepulcro de María rodeado de apóstoles, con el inconveniente de no poder apreciarse por falta de punto de vista la escultura, tan bien como la de las cuatro estatuas en los machones colocadas, de San Pedro y San Pablo, del inmortal Raimundo Lull y de la humilde Catalina Tomás, lumbreras celestiales de Mallorca ambos á dos, aunque de resplandor tan distinto (a). Cruces de hierro, en que se disfrazan para-rayos, dan definición á las torrecillas, no tan vistosa y castiza á mi ver como se la hubiesen dado gallardos florones ó penachos de piedra, suministrando entretenimiento á la fiscalizadora prensa con los prolijos ensayos de su colocación y doradura.

(a) Parecería afectación maliciosa, cuando tanta solicitud se pone en averiguar los nombres de los antiguos artistas, callar los de los beneméritos escultores contemporáneos, cuyos trabajos están muy por cima de la parte arquitectónica, pues la posteridad estimará saber que las figuras de los cuatro santos se deben al cincel de D. Guillermo Galmés, la de la Asunta al de D. Luís Font, y al de D. Marcos Llinás el alto relieve del ático.

Treinta y cinco años han durado las obras: si más exentas estuviesen de censura, publicaría con satisfacción el coste de ellas, que ahora temo que pesase en la balanza para juzgarlas más severamente. No obstante, comenzadas con tan mal pie y con defectos tan irremediables, era forzoso poner en terminarlas la misma actividad y ahínco que si se tratara de realizar el más exquisito modelo; pues cuestión se hacía de deber más que de gusto acudir á la conservación del templo principal, y no perder el tiempo en pesimistas contiendas, prolongando un desolador vacío que sabe Dios cuándo y cómo se habría llenado. ¿Quién, teniendo en cuenta el desprestigio de lo nuevo, y la anarquía de principios y confusión de pareceres aumentadas de día en día con la multiplicación de medios y difusión del saber, quién se hubiera sentido con fuerzas para resolver con aceptación unánime el arduo problema de dar en pleno siglo XIX á nuestra catedral una digna fachada?